

CARTA XII.

DESENCANTO.

Octubre 26 de 1873.

«Creo que habrás participado de mi sorpresa al saber la aparición de Elisa en mi cuarto. Ella misma comprendió el efecto que su presencia me causaba, y poniendo el dedo índice sobre mis labios para imponerme silencio, dijo:

—Dormías deliciosamente, y habría sido una crueldad despertarte.

Por toda respuesta, me senté en la cama y me restregué los ojos como si aún pesaran sobre mis párpados las sombras del sueño.

La verdad es que yo no veía claro en el fondo de mi pensamiento. Elisa se hallaba allí en el momento en que menos podía esperarla; había entrado sin previo anuncio, y esta especie de visita secreta era un acto de confianza y de intimidad á que todavía no me tenía acostumbrado. Se conocía que acababa de levantarse, y se advertía en ella ese esmerado descuido con que las mujeres intentan algunas veces confundir la vanidad con la modestia, el abandono con el artificio, la pretensión con la indiferencia.

Por una coincidencia, bien natural por cierto, Elisa se presentaba á mis ojos, en el momento de que te hablo, con aquella dormilona, aquella bata y aquellas babuchas turcas con que la encontré la noche de nuestra boda. Esta circunstancia me hizo recordar la breve escena de aquella noche, y sentí en mi corazón un frío inexplicable.

Eran la misma dormilona, la misma bata, las mismas babuchas; pero he aquí mi confusión: ¿era también Elisa la misma?... En sus facciones no había alteración ninguna que hiciera dudar de la autenticidad de su persona; su belleza inalterable, sus hermosos ojos azules, sus magníficos cabellos rubios, daban seguro testimonio de ella; mas había en sus miradas afabilidad y en su sonrisa cierta ternura. Si lees mis cartas con la atención debida, habrás podido observar que se iba verificando en Elisa un cambio favorable; por consiguiente, bien podía dudar si era la misma.

No parecía aún dispuesta á renunciar á las satisfacciones de su vanidad, porque las mujeres no renuncian fácilmente á los triunfos de su belleza y de su fausto; mas es lo cierto que se dignan alguna vez descender del olimpo de su gloria y dar, digámoslo así, una vuelta por las intimidades de la vida.

Por lo demás, me pareció algo más pálida que de ordinario, lo cual era indicio de que la jaqueca de la noche anterior no había sido una suposición oficiosa de su doncella.

—Y bien (me preguntó): ¿te has enterado ya del contenido del raro billete que ayer sorprendimos?...

—Allí le tienes,—la contesté, señalando á la chimenea.

—¡Ah, sí! (exclamó, cogiéndole.) Aquí está. Pero, ¿no le has abierto?

—No,—la dije.

—¿Por qué?

—Porque no me considero con derecho á abrir una carta que no es á mí á quien va dirigida.

—Es verdad.

Permaneció un instante pensativa, contemplando la carta que tenía en la mano, y al fin dijo:

—¡Bah!.... Si no ha de abrirla más que aquel á quien va dirigida, me parece que permanecerá cerrada mucho tiempo.

Yo me encogí de hombros.

—En ese caso (siguió diciendo), no valía la pena de haberla interceptado.

—Nadie (advertí yo) es culpable de encontrar lo que no busca.

—Sí (insistió ella); pero es el caso que yo buscaba lo que hemos encontrado.

—¡Hola! (exclamé.) ¿Sabías tú?....

—Sí (se apresuró á contestarme); porque lo sospechaba, y, para nosotras, sospechar es saber.

—Admiro tu perspicacia (dije con cierta indiferencia); pero no la comprendo.

Hizo un gesto encantador, por el cual se colegía fácilmente que la impacientaba mi torpeza, y después añadió:

—En primer lugar, la entrada de Montenegro en el jardín me pareció sospechosa; en segundo lugar, su intempestiva admiración por la rosa de te me pareció más sospechosa todavía, y, por último, en nuestras carreras por el jardín, huyendo de tu persecución, pude observar que Octavia buscaba ocasión de entrar sola en la estufa, y yo me anticipé.

—Continúo (la dije) admirando tu penetración; mas perdona mi insuficiencia en estas materias. ¿Qué necesidad tienen de valerse de semejante recurso para estar en correspondencia? ¿No se ven siempre que quieren? ¿No se hablan donde se encuentran? De todas las administraciones de correos que pueden inventarse, la menos á propósito me parece la estufa de un jardín.

—Sin duda (replicó); pero los amantes se valen de todos los recursos, unas veces por necesidad, otras veces por capricho. Montenegro no deja de ser un tanto novelesco, y Octavia es algo excéntrica. Quizá les ha parecido soberanamente poético que la flor más celebrada por la moda sea cómplice inocente de sus secretos. Ello es pueril. Pero esos amores están aún en la infancia, y los amantes son siempre unos niños. ¿No recuerdas cómo me hiciste tu primera declaración?... Encerraste mi retrato en un marco de oro, primorosamente cincelado,

que se halla circuido con un cordón de brillantes, y ya no me fué fácil escaparme.

Este recuerdo hizo brotar del fondo de mi corazón un suspiro, sin duda porque es verdad que todos los recuerdos son tristes. Por lo demás, las razones de Elisa no carecían, á lo menos, de oportunidad; y, no teniendo gran interés en contradecirla, me reduje á decir:

—Es lo mismo, porque esas razones no resuelven nuestra dificultad. Nos encontramos con una carta sin sobrescrito y perfectamente cerrada, que puede ser de Octavia á Montenegro, según tú presumes.

—No, no (me replicó); yo no presumo eso; por el contrario, creo que es de Montenegro á Octavia.

—*El orden de los factores* (dije yo magistralmente) *no altera el producto*. La cuestión no varía. ¿Qué hacemos con esa carta?

Miróme fijamente, como si dudara de la sinceridad de mi pregunta, y yo, á mi vez, la contemplé atentamente, como si pretendiera adivinar su respuesta.

Así permanecemos algunos instantes.

—¿Es curiosa (exclamó al fin) la duda que te ocurre! ¿Qué hacemos con esta carta?... Claro está: abrirla. No es posible hacer otra cosa.

—No es delicado (le advertí) violar los secretos que no nos pertenecen. En vez de abrirla, debemos devolverla.

—¿Devolverla! (exclamó.) ¿Y á quién?...

—Al sitio en que la has cogido.

—Tu delicadeza (me dijo sonriéndose) no me parece excesivamente discreta. Poner otra vez esta carta misteriosa en el lugar en que la encontramos, es abandonarla á la curiosidad de otras personas menos escrupulosas que nosotros.

La observación era fuerte, y no insistí en ello; pero le dije:

—Entonces, será preciso ponerla en manos de sus dueños.

—¿Y cómo?—preguntó.

—Yo me encargo de ello,—le contesté.

—Eso, en el caso presente, es menos delicado que abrirla y leerla. Además, no va dirigida á nadie. ¿Cómo se recibe una carta cuyo sobre está en blanco?... Y, en todo caso, ¿cómo les explicarás el motivo que te mueve á ponerla en manos del uno ó del otro?... Lo que propones no tiene pies ni cabeza.

La observación era atinada; y complacido en ver á Elisa discurrir con tanta precisión, seguí en mis trece, diciendo:

—No me obstino; renuncio á ese recurso indirecto que ofrece tan serias dificultades, y apelaré á un medio indirecto.

—¿Cuál?—me preguntó.

—Uno muy sencillo (añadí), y que se nos ha debido ocurrir antes.

—Veamos.

—Esa carta que no va dirigida á nadie, se encierra en un segundo sobre, sobre el cual se pone la dirección conveniente; se autoriza su circulación por medio de un sello del correo interior, y el cartero se encarga de llevarla á su destino, esto es, á Octavia ó á Montenegro. Me parece que es una solución fácil, delicada y segura, con la que no creo que tengas nada que oponerme.

Elisa se quedó pensativa, dando vueltas entre sus dedos á la carta sorprendida en la estufa. Sin duda, en su imaginación, daba también vueltas á aquella misma carta que tenía en la mano.

Creí que iba á ceder, y guardé silencio, esperando su respuesta.

Después de algunos momentos de reflexión, me dijo:

—No desconozco el mérito del recurso que has encontrado, y puedo asegurarte que honra á tu inventiva; pero es el caso que defrauda por completo mi curiosidad.

—¡Tu curiosidad!—exclamé.

—He dicho mal (añadió, corrigiéndose.) Mi curiosidad, no; nuestro interés.

—¡Nuestro interés! (repetí yo.) ¿Qué interés podemos tener nosotros en penetrar el secreto contenido en esa carta?

—Para ti, por lo visto (replicó con cierto desdén), no tienen interés más que los negocios, *los títulos de la Deuda, el consolidado, el tres por ciento, los billetes hipotecarios y los bonos del Tesoro.*

Semejante juicio me pareció soberanamente injusto; mas no me di por ofendido; antes bien me congratulé de oirlo en su boca, tributándome interiormente grandes honores á mi habilidad diplomática; pues, como has visto, había sabido disimular de tal modo el interés que la dichosa carta me inspiraba, que Elisa ni siquiera había llegado á sospecharlo.

—Bien (le dije, sometiéndome voluntariamente al rigor de su juicio); acaba: ¿qué quieres?

Entonces hizo un gesto lleno de gracia, un gesto infantil; y, como si fuera á revelarme algún secreto tenebroso, se acercó á mi oído, y á media voz me dijo:

—Quiero recordarte que eres mi cómplice.

—Es verdad (le contesté); convengo en ello; soy tu cómplice.

—Pues bien (añadió): ¿no te interesa la suerte de Octavia?

No puedo explicarte el extraño efecto que produjeron en mí estas palabras: sonaron en mis oídos como una de esas preguntas que no nos atrevemos á mirar frente á frente. Si el entendimiento tuviera paladar, te diría que el nombre de Octavia produce en mí cierto sabor amargo. Realmente, no soy yo el tribunal llamado á juzgarla; mas, puesto en ese caso, no acertaría á condenarla ni á absolverla. Y, ¡mira tú qué raro capricho!, lo que más me mortifica es el concepto que haya podido formar de ella Montenegro.

La pregunta de Elisa era muy natural, y, no obstante, me pareció completamente intempestiva, y traté de eludirla; no quise decir que sí, no supe decir que no, y no dije nada.

Elisa siguió diciendo:

—La vanidad puede mucho en las mujeres: el mundo no ha querido reconocer el mérito indisputable de Octavia, y ella se ha vengado de semejante injusticia, despreciando algunos partidos regulares que se le han presentado. Quizá había renunciado ya á la esperanza de conquistar un príncipe, cuando Montenegro no ha sido, al parecer, insensible á sus gracias. Conmigo guarda una reserva, que le perdono, como si quisiera huir de mis consejos, y yo me he propuesto velar por ella.

Hablaba así, acentuando sus palabras con una sonrisa, en la que iban á la vez mezclados la compasión y el enojo.

Y yo la pregunté:

—Y bien: ¿qué temes?

—Temo (me dijo) que Montenegro no haya tomado en serio este asunto. Temo que no haya empeñado en él toda su constancia.... Y, en fin, te lo diré con toda franqueza: quiero vengarme de la reserva de Octavia descubriendo sus secretos. Por eso he interceptado esta carta; por eso quiero leerla.

Inmediatamente que acabó de pronunciar estas palabras, pasaron por mi pensamiento las siguientes preguntas:

«¿Es curiosidad?... ¿Es interés?... ¿Es envidia?....»

Lo primero merece disculpa; lo segundo es hasta plausible; lo tercero me pareció seriamente deplorable.

Elisa me presentó la carta que tenía en la mano, diciéndome con marcada impaciencia:

—Toma, rasga el sobre, y lee, porque voy á oírte sin pestañear.

Viendo que yo me resistía, no esperé más, y rompió el sobre. Desdobló la carta, y comenzó á leerla.

Yo espiaba su fisonomía, buscando en la expresión de su rostro las impresiones que la lectura pudiera causarle; pero ella leía mentalmente con semblante impasible. Sólo de vez en cuando fruncía ligeramente el entrecejo, como si encontrara palabras difíciles de leer. Después me la puso delante de los ojos, y me dijo:

—Léela, porque es un documento bastante original.

Entonces leí lo siguiente:

«Soy un enigma impenetrable, y se confiesa V. vencida.... Veamos: el mundo no me conoce, y he puesto un decidido empeño en que no me conozca; ese es, en realidad, todo mi secreto. Decían los paganos que la venganza era el placer de los dioses. En el Olimpo, pase; pero en el mundo, el gran placer es engañar al mundo. La regla invariable de mi conducta es esta: vivir de incógnito. Yo abro

las puertas de mi casa á todo el mundo; mi gaveta no es inaccesible; pero mi corazón es impenetrable; no tengo amigos. Sí, convengo en que la sociedad nos proporciona muchas comodidades y algunos placeres; debemos, pues, vivir en sociedad; pero es demasiado frívola para que nos impongamos la obligación de tomarla en serio; debemos, pues, reírnos de ella.

»Hay en nuestros caracteres cierta armonía que mutuamente nos abre el camino de la confianza. Existen muchos seres que pasan la vida buscándose, y mueren al fin sin encontrarse; nosotros no nos buscábamos, y nos encontramos. Hagamos una alianza defensiva; formemos una sociedad secreta contra las preocupaciones del mundo. Son unos insensatos los que pretenden librar al mundo del imperio de las preocupaciones; pero, ¿qué nombre merecen los que se someten á su imperio? Hagamos con ellos lo que hacían los *augures* de Roma; sonriámonos al vernos.

»Hagamos de las delicias de nuestra intimidad un misterio, desde el que veremos sin ser vistos; la sociedad será nuestro cómplice sin percibirlo, y los objetos más inocentes hablarán á nuestros ojos un lenguaje que sólo nosotros entenderemos.

»Esta vida fuera de la vida, esta comunicación ignorada del mundo que todo pretende saberlo, debe tener para nosotros encantos inagotables.

»¿Podemos ser amigos?... Creo que sí, porque ya nos conocemos.»

Tal era el extravagante contenido de esta carta anónima, que carecía á la vez de dirección, de fecha y de firma. No obstante, habrás adquirido la seguridad de que estaba escrita por Montenegro, y de que iba dirigida á Octavia. En realidad no podía ser otra cosa.

Apenas acabé de leerla, se la devolví á Elisa, diciéndole:

—Ya has satisfecho tu curiosidad.

Y reuniendo en el gesto y en el tono todo el desdén que me fué posible, añadí:

—Curiosidad que ha desbaratado en un instante todo el sistema filosófico de Montenegro aplicado al amor.

Á la sonrisa con que yo pronuncié estas palabras, añadió Elisa una carcajada.

—Y bien (me preguntó): ¿qué te parece?

—De Octavia (le contesté), no sé qué decirte, ó, más claro, no quiero decirte nada. En cuanto á Montenegro, ó es soberanamente necio, ó ha formado de tu amiga un triste concepto.

Elisa movió la cabeza con ademán de duda, y dijo:

—Los juzgas con demasiada ligereza. Lo que acabas de leer disipa mis temores. Octavia debe estar satisfecha de su triunfo. El fin de todo esto puede ser un matrimonio ventajoso, aunque Montenegro lleve su extravagancia hasta el extremo de que sea un matrimonio secreto. Ahora no me negarás que es un asunto divertido; yo, por mi par-

te, pienso reirme como una loca. ¡Qué ajena estará Octavia de que tenemos en nuestras manos el hilo de su intriga!.... ¡Oh! Voy á ser con ella inexorable.

Dicho esto, estrujó la carta entre sus dedos y la arrojó en la chimenea, donde desapareció, dejando sobre la ceniza una mancha negra. Y sin más, salió de mi cuarto, riéndose á carcajadas. Yo empecé á vestirme muy despacio, meditando seriamente acerca de la frivolidad con que todo lo mira esa bella mitad del género humano.

El término de mis reflexiones fué encogerme de hombros; empezaba á sentir respecto á ellas cierto escepticismo; conozco yo que la alta idea que tú me hiciste concebir de las mujeres se desvanecía ante mis ojos como una aurora que se disipa. Te confieso que el retrato era admirable y que habías agotado en él todos los recursos de tu ingenio; y, si tu vanidad de artista lo exige, te diré que es un retrato de mano maestra; pero, ¿qué le hemos de hacer si el original se empeña en no parecerse?... Te aseguro que desde la ventana que da á esta parte de la vida, no distingo ya más que un cielo frío y nublado, un horizonte oscuro y un paisaje desierto.

Á las dos amigas las justipreciaba yo de esta manera: Elisa cuesta mucho, y Octavia vale bien poco.

Y, en realidad, yo no tengo ninguna queja de Elisa; su belleza es intachable, su buen gusto in-

discutible, su buen tono es, de todas sus cualidades, la que más se enaltece; puedo decir que representa perfectamente el rango en que nos ha colocado nuestra fortuna.

Quizá hay en su corazón poca ternura, alguna frialdad en sus pensamientos y bastante amor á si misma; pero joven, rica, bella, constantemente adulada, ¿no ha de sentirse envanecida?... Pedirle que renuncie al mundo en que brilla, equivaldría á exigir de la luz que renunciara al resplandor con que alumbra. Además, observo algún cambio en su carácter; se me muestra más accesible, y, sea como quiera, abrigo la esperanza de que al fin me pertenecerá por completo, cuando los años empiecen á marchitar su belleza.

Entretanto, es preciso que parta con el mundo la felicidad de poseerla.

¿Te atreverás á decir que no soy razonable?»

